

Una fe que se encarna: volver al cuerpo, volver al Evangelio

A modo de cierre: “Los sentidos de la fe encarnada”

Pbro. Hugo Alvarez

A lo largo de este recorrido fuimos pasando por los sentidos: ver, escuchar, tocar, oler, gustar. No como un ejercicio teórico, sino como una manera de volver a lo más concreto de la experiencia humana. Porque es ahí, en lo cotidiano y corporal, donde también se juega la fe.

Volvimos una y otra vez al modo de habitar el mundo de Jesús. Su manera de mirar, de escuchar, de acercarse, de compartir. Y en cada uno de esos gestos apareció algo en común: nunca se situó por fuera de la experiencia humana, nunca se mantuvo a distancia. Su forma de revelar a Dios fue siempre encarnada.

Ese recorrido también nos permitió reconocer algo incómodo pero necesario: no siempre nuestras comunidades han seguido ese mismo camino. Muchas veces, sin intención explícita, se han generado dinámicas que excluyen, que silencian, que vuelven “intocables” a ciertos cuerpos o que dejan a algunas personas fuera de la mesa.

Las experiencias de la diversidad sexo-afectiva ponen esto en evidencia con fuerza. No como una acusación externa, sino como una oportunidad de revisión. Porque allí donde alguien no es visto, no es escuchado, no es acogido, algo del Evangelio queda pendiente de realización.

Hablar de una pastoral de la diversidad en clave de los sentidos no es una propuesta estética ni simbólica solamente. Es una invitación a transformar prácticas concretas. A revisar nuestras miradas, nuestras escuchas, nuestros gestos, nuestras reacciones y nuestras formas de construir comunidad.

Tal vez el desafío no sea agregar algo nuevo, sino recuperar lo esencial. Volver a una fe que no le teme al cuerpo. Que no separa lo espiritual de lo humano. Que reconoce que, en cada historia, en cada identidad, en cada vínculo, puede haber una presencia de Dios que todavía no terminamos de comprender del todo.

Esto exige humildad. Exige escucha. Exige disponibilidad para cambiar.

Pero también abre una posibilidad profundamente esperanzadora: la de comunidades más humanas, más verdaderas, más cercanas al Evangelio.

Porque, al final, no se trata solo de reflexionar sobre los sentidos, sino de dejarnos afectar por ellos. De permitir que transformen nuestra manera de creer y de vincularnos.

Y quizás ahí, en ese movimiento, podamos reconocer algo sencillo y profundo a la vez: que la fe no ocurre en abstracto.

Ocurre en la vida. Ocurre en los cuerpos. Ocurre en el encuentro.

Y todavía estamos aprendiendo a habitarla.